

Homilias Domingo Cuarto de Cuaresma

+ Lectura del santo evangelio según san Lucas

(Evangelio leído entre varios: C (Cronista), F (fariseos), J (Jesús), H1 (Hijo menor), P (padre), M (mozo), H2 (hijo mayor))

C- En aquel tiempo se acercaban a Jesús los publicanos y los pecadores a escucharle. Y los fariseos y los letrados murmuraban entre ellos:

F- Ese acoge a los pecadores y come con ellos.

C- Jesús les dijo esta parábola:

J- Un hombre tenía dos hijos: el menor de ellos dijo a su padre:

H1- Padre, dame la parte que me toca de la fortuna.

C- El Padre les repartió los bienes.

No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, emigró a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente.

Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y tanto le insistió a un habitante de aquel país, que lo mandó a sus campos a guardar cerdos. Le entraban ganas de llenarse el estómago de las algarrobas que comían los cerdos; y nadie le daba de comer.

Recapitando entonces se dijo:

H1- ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre! Me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: “Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo: trátame como a uno de tus jornaleros”.

C- Se puso en camino adonde estaba su padre: cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió; y echando a correr, se le echó al cuello y se puso a besarlo.

Su hijo le dijo:

H1- Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo.

C- Pero el padre dijo a sus criados:

P- Sacad en seguida el mejor traje, y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo; celebremos un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha revivido; estaba perdido y lo hemos encontrado.

C- Y empezaron el banquete. Su hijo mayor estaba en el campo.

Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y el baile, y llamando a uno de los mozos, le preguntó qué pasaba.

Éste le contestó:

M- Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha matado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud.

C- Él se indignó y se negaba a entrar; pero su padre salió e intentaba persuadirlo.

Y él replicó a su padre:

H2- Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos; y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado.

C- El padre le dijo:

P- Hijo, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo: deberías alegrarte, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Con imágenes muy gráficas Jesús nos revela en esta joya teológica y literaria el rostro de Dios, como pura misericordia; nos describe el pecado como degradación, la conversión como rehabilitación, reconciliación y fiesta; y caricaturiza la

religiosidad fría, cumplimentera, orgullosa y despectiva del hermano mayor...

La parábola del Hijo Pródigo o, mejor, del padre misericordioso, nos da a entender que el padre salía todas las tardes a otear los caminos para ver si el hijo regresaba...

El Evangelista Lucas expresa este amor solícito de Dios en otras parábolas como la del “buen pastor” o de la “dracma perdida”, en las que tanto el pastor como el ama de casa se desviven por encontrar lo que aman.

Las llamadas de Dios son múltiples y resuenan ininterrumpidamente; todo depende de nuestra atención y de nuestro silencio para poder escucharlas.

“Entrando dentro de sí mismo... recapacitó...”, dice Lucas. Para entrar dentro de casa, primero hay que entrar dentro de sí, como el pródigo. Es preciso entrar dentro de uno mismo, pararse a pensar, revisarse, para reconocer la propia miseria. Se ha dicho: “La gran desgracia del hombre moderno es que no sabe detenerse, está fuera de sí”...

La salvación del hijo pródigo empezó cuando se vio solo frente a sí mismo, y esto le ayudó a entrar dentro de sí, a encontrarse y verse hecho una ruina. Entrar dentro de sí supone confrontar la propia vida con el proyecto de Dios... Comparar nuestras carcajadas con su sonrisa profunda, tomar conciencia de los gemidos acallados por la juerga, la diversión, el dinero, el placer... Para entrar dentro de uno mismo es preciso reservar en la vida un espacio suficiente de tiempo para la oración, para el silencio, para reflexionar y contemplar con calma la Palabra de Dios.

Jesús revela a un Padre Dios que es de verdad desconcertante. Primeramente refiere que sale a nuestros caminos para vernos regresar. No puede ser feliz viendo a sus hijos arruinados e infelices. Y cuando se encuentra con su hijo que vuelve, y que pretende pedirle mil perdones, no le pide explicaciones, simplemente le abraza y riega su cuello con sus lágrimas y da orden inmediata de que se prepare el mejor banquete de la casa. No cabe en sí; está loco de contento.

Este Padre del que nos habla Jesús, que es Dios se parece mucho al de aquella otra historia...

En los alrededores de la estación central de una gran ciudad, se daba cita, día y noche, una muchedumbre de desechos humanos: barbudos, ladronzuelos, drogadictos... De todos tipos y colores. Se veía muy bien que era gente infeliz y desesperada: barbas sin afeitar, ojos con legañas, manos temblorosas, harapos, suciedad... Más que dinero, aquella gente necesitaba consuelo y aliento para vivir; pero esas cosas hoy no las da ya casi nadie.

Entre todos, llamaba la atención un joven, sucio, de pelo largo mal cuidado, que daba vueltas entre los pobres náufragos de la ciudad como si él tuviera una balsa personal de salvación.

Cuando le parecía que las cosas iban verdaderamente mal, en los momentos de soledad y de la angustia más negra, el joven sacaba del bolsillo un papel grasiento y consumido, y lo leía. Después lo doblaba con mimo y lo metía de nuevo en su bolsillo. .Alguna vez lo besaba, lo estrechaba contra su corazón o se lo llevaba a la frente. La lectura de aquella pobre hoja de papel surtía un efecto inmediato. El joven parecía reconfortado, enderezaba los hombros y recobraba aliento.

¿Qué decía aquella misteriosa hoja de papel? Únicamente seis breves palabras: «La puerta pequeña está siempre abierta».

Era todo.

Era una nota que le había mandado su padre. Significaba que había sido perdonado y que podía volver a casa cuando quisiera. Y una noche lo hizo. Encontró abierta la pequeña puerta del jardín, subió la escalera silenciosamente y se metió en la cama. Cuando, a la mañana siguiente, se despertó, junto a su lecho le miraba complacido su padre. En silencio, se abrazaron.

Tomás de Aquino decía que “a Dios no podemos ofenderlo a menos que actuemos contra nuestro bien”. Es una frase poco citada y que, sin embargo, constituye una estupenda formulación de lo que es esa palabra “pecado”.

Dios no es alguien que se enoja por nuestros pecados porque son una desobediencia a sus leyes y normas o porque violan su santa voluntad... Dios es Padre y nos quiere y se llena de alegría cuando

actuamos en nuestro bien y, porque nos quiere, se entristece cuando nos hacemos mal...

Nadie como los padres –y quizás más aún las madres- pueden entenderlo mejor: ante el hijo que se droga o va por malos caminos, lo primero no es la apelación al desagrado o a las normas de conducta violadas... Lo primero es el mal que ese hijo se está haciendo a sí mismo. Así es también Dios... Por eso también, nadie mejor que los padres para comprender la gran alegría del hijo perdido y encontrado, del que estaba muerto y ha vuelto a la vida; sin duda mayor que por los otros hijos que no transitan por malos caminos... Así es también Dios...

Por muy perdidos que nos encontremos, por muy fracasados que nos sintamos, por muy culpables que nos veamos, siempre hay salida... Siempre está abierta la puerta del corazón de Dios...

(B)

La figura central de esta parábola ha sido siempre el hijo pródigo arrepentido. Sin embargo, yo creo que la figura central y principal de la parábola es el PADRE, de tal manera que algunos expertos de la Biblia, proponen que esta parábola del hijo pródigo se debiera llamar la PARÁBOLA DEL AMOR DEL PADRE, ya que lo que Jesús quería decirnos y enseñarnos es que DIOS ES COMO EL PADRE DE LA PARÁBOLA.

Todos nosotros tenemos mucho del hijo pródigo y del hijo mayor.

Nos parecemos al hijo pródigo: cuando nos apartamos de Dios; cuando nos olvidamos de Dios; cuando damos la espalda a Dios; cuando cerramos nuestros oídos, nuestro corazón, nuestra conciencia a la palabra de Dios; cuando buscamos la felicidad lejos de Dios, fuera de la casa del Padre; cuando ponemos nuestra meta y nuestra aspiración solamente en las cosas materiales.

Pero nos parecemos también al hijo pródigo cuando, habiéndonos apartado de Dios, reconocemos nuestros errores, nos arrepentimos de ellos y le pedimos perdón a Dios.

Nos parecemos al hijo mayor: cuando ponemos la legalidad y el orden por encima del amor; cuando no sabemos perdonar; cuando tenemos fe, pero no tenemos amor; cuando no nos alegramos con el arrepentimiento de otras personas; cuando nos consideramos perfectos y cumplidores y juzgamos y condenamos a todos los que no son como nosotros.

Desde luego, el hijo mayor, aun estando en casa con el padre, era el que estaba más lejos del padre.

Como decía antes, el padre es el personaje central de la parábola: un padre que nunca deja de querer y de esperar a su hijo, aunque éste se haya alejado y olvidado del padre; un padre que sale contento y feliz al encuentro del hijo, cuando éste regresa; un padre que ama, disculpa y perdona a su hijo; un padre que organiza una fiesta, porque su hijo ha regresado.

Y Jesús nos dice: COMO ESTE PADRE DE LA PARÁBOLA, ASÍ ES DIOS.

Un Dios que es de verdad desconcertante. Primeramente refiere que sale a nuestros caminos para vernos regresar. No puede ser feliz viendo a sus hijos arruinados e infelices. Y cuando se encuentra con su hijo que vuelve, y que pretende pedirle mil perdones, no le pide explicaciones, simplemente le abraza y riega su cuello con sus lágrimas y da orden inmediata de que se prepare el mejor banquete de la casa. No cabe en sí; está loco de contento. Este Padre del que nos habla Jesús, que es Dios se parece mucho al de aquella otra historia...

En los alrededores de la estación central de una gran ciudad, se daba cita, día y noche, una muchedumbre de desechos humanos: barbudos, ladronzuelos, drogadictos... De todos tipos y colores. Se veía muy bien que era gente infeliz y desesperada: barbas sin afeitar, ojos con legañas, manos temblorosas, harapos, suciedad... Más que dinero, aquella gente necesitaba consuelo y aliento para vivir; pero esas cosas hoy no las da ya casi nadie.

Entre todos, llamaba la atención un joven, sucio, de pelo largo mal cuidado, que daba vueltas entre los pobres náufragos de la ciudad como si él tuviera una balsa personal de salvación.

Cuando le parecía que las cosas iban verdaderamente mal, en los momentos de soledad y de la angustia más negra, el joven sacaba del bolsillo un papel grasiento y consumido, y lo leía. Después lo

doblaba con mimo y lo metía de nuevo en su bolsillo. .Alguna vez lo besaba, lo estrechaba contra su corazón o se lo llevaba a la frente. La lectura de aquella pobre hoja de papel surtía un efecto inmediato. El joven parecía reconfortado, enderezaba los hombros y recobraba aliento.

¿Qué decía aquella misteriosa hoja de papel? Únicamente seis breves palabras: «La puerta pequeña está siempre abierta».

Era todo.

Era una nota que le había mandado su padre. Significaba que había sido perdonado y que podía volver a casa cuando quisiera.

Y una noche lo hizo. Encontró abierta la pequeña puerta del jardín, subió la escalera silenciosamente y se metió en la cama.

Cuando, a la mañana siguiente, se despertó, junto a su lecho le miraba complacido su padre. En silencio, se abrazaron.

Dios no es alguien que se enoja por nuestros pecados porque son una desobediencia a sus leyes y normas o porque violan su santa voluntad... Dios es Padre y nos quiere y se llena de alegría cuando actuamos en nuestro bien y, porque nos quiere, se entristece cuando nos hacemos mal...

Nadie como los padres –y quizás más aún las madres- pueden entenderlo mejor: ante el hijo que se droga o va por malos caminos, lo primero no es la apelación al desagrado o a las normas de conducta violadas... Lo primero es el mal que ese hijo se está haciendo a sí mismo. Así es también Dios... Por eso también, nadie mejor que los padres para comprender la gran alegría del hijo perdido y encontrado, del que estaba muerto y ha vuelto a la vida; sin duda mayor que por los otros hijos que no transitan por malos caminos... Así es también Dios...

Por muy perdidos que nos encontremos, por muy fracasados que nos sintamos, por muy culpables que nos veamos, siempre hay salida... Siempre está abierta la puerta del corazón de Dios...

(C)

Así es la vida según la parábola de Jesús. La tragedia de un Dios Padre que busca la fraternidad de todos los hombres sin conseguirlo.

No es fácil la fiesta final que el Padre desea. Unas veces, es el hijo menor quien se marcha lejos abandonando el hogar. Otras, el hijo mayor que no acepta en casa al hermano que retorna.

Esta parábola no es una visión ingenua de la vida. Es la descripción de una cruda realidad que todos constatamos día a día. Hombres y mujeres, llamados todos a disfrutar de una misma felicidad y plenitud, no somos capaces de acogernos y convivir como hermanos.

Se trata, pues, de una parábola de un Padre bondadoso que desea lograr un verdadero hogar sin conseguirlo.

La parábola nos describe un fuerte contraste. Al final del relato, el hijo menor, el pecador que se había alejado del hogar, termina celebrando una fiesta junto a su Padre. Por el contrario, el hijo mayor, el cumplidor que nunca huyó de casa y jamás desobedeció una orden de su Padre, se queda, al final, fuera del hogar, sin participar de la fiesta.

La enseñanza de Jesús es desconcertante. Lo verdaderamente decisivo para entrar en la fiesta final es saber reconocer nuestras equivocaciones, creer en el amor de un Padre y, en consecuencia, saber amar y perdonar..

La parábola nos hace tomar conciencia de que el pecado es siempre mentiroso, pues a la larga nos deshumaniza.

La amistad con Dios, es parte esencial de nuestra felicidad y de nuestro desarrollo como personas (La imagen del hijo alejado de casa, lleno de necesidades, llegando incluso a cuidar cerdos, así parece indicar...)

Nos hace ver que la nostalgia de nuestra conciencia por una vida más digna y más feliz es ya el inicio de la conversión, y que esta nostalgia para los cristianos tiene un nombre: Cristo y su Evangelio.

Nos enseña que la conversión, que nos pone en camino desde una situación inhumana hacia el humanismo del Evangelio, se realiza siempre en forma de encuentro entre nuestra miseria y la misericordia de Dios.

La conversión como encuentro con la misericordia de Dios está en la base del sacramento de la Penitencia. Cada vez que confesamos nuestros pecados se realiza sacramentalmente la parábola del Hijo Pródigo. Pero por desgracia los cristianos cada vez tenemos menos experiencia de una de las dimensiones más importantes del corazón de Dios, su capacidad de perdón, y en esa medida nos vamos incapacitando para saborear desde la fe la experiencia de sabernos amados por Dios.

La parábola de hoy es una invitación a reconocer nuestros pecados y afianzar nuestra confianza en un Dios Padre que nos perdona y nos quiere infinitamente. Como consecuencia de esa humildad para reconocer nuestras equivocaciones y creer en el amor de Dios, vendrá el saber perdonar y amar a los hermanos.

Y ésta es la tragedia del hermano mayor. Todo lo hace bien. No huye de casa. Sabe cumplir todas las órdenes. Pero no sabe amar... No sabe comprender el amor de su Padre... No sabe comprender y amar al hermano.

Y se incapacita con ello, para celebrar aquella fiesta fraterna.

(D)

Pero yo no podía comulgar...

“Estaba perdido, y lo hemos encontrado. Y empezaron el banquete”.

Una fábula preciosa. Una Señora, había tenido la desgracia de casarse con un hombre irresponsable. Al año y medio se quedó sola porque él se marchó con otra y no dio más la cara. Ni sabe si está vivo o muerto. Pasaron los años y ella encontró un hombre en su camino que la comprendió y la amó. Claro, su situación era religiosamente irregular en la Iglesia. No podía confesarse ni comulgar. Al tiempo, ya mayor, se murió. Y sintió que un ángel que hacía de taxista la recogió y la llevó a la puerta del cielo. Ella se asustó, porque ¿cómo iba a entrar ella en el cielo si toda su vida no había comulgado ni se había confesado? Le habían dicho que ella estaba en pecado. Cuando volteó la cabeza, se dio cuenta de

que el taxista desapareció. Asustada, a la puerta del cielo, no sabía que hacer.

No se sentía digna de tocar el timbre, pero tampoco sabía adónde ir. De repente se abrió la puerta y era Jesucristo. Ella lo reconoció y él también a ella. Pasa, María, ¿qué haces ahí fuera tiritando de frío? Entra.

Lo pobre María, asustada, trató de explicarle. Pero, Señor, yo.... Ya sé, ya sé... Tú no comulgabas ni te permitían confesarte. Ya lo sé todo. Entra.

Nada más cruzar el umbral de la puerta, sintió que desde dentro la recibían con un estruendoso aplauso. “¡Señor, no entiendo nada!”.

Claro que no entiendes, pero yo si lo entiendo.
“Es que yo estaba casada irregularmente, y no podía....”

Mira, ¿recuerdas aquella chica sudafricana que, por necesidad económica, se prestó a llevar de Lima a Madrid tres kilos de cocaína y la pescaron en el aeropuerto? Sin juicio alguno, la metieron a la cárcel. No tenía a nadie. Era la gran desconocida de todos. Sólo se sabía que era de Sudáfrica.

¿Y recuerdas cómo tú fuiste la única que vino a verme, a hacerme compañía, a levantar mi espíritu, a darme una palabra de aliento?

¿Y recuerdas a aquella otra chica, chilena, que le sucedió lo mismo?

¿Y recuerdas que tú venías por las tardes a vernos, a alentarnos y a traernos cosas porque allí no teníamos nada?

¿Y recuerdas que cuando salí de la cárcel me quedé en la puerta, con ganas de reingresar de nuevo, porque fuera no tenía a nadie más que la calle? Y tú apareciste allí con tu coche. Y me llevaste a tu casa. Y esa noche y no sé cuantas más pude cenar contigo y dormir rico en una cama limpia.

¿Y recuerdas todo lo que tuviste que hacer para conseguirme mis nuevos documentos para que pudiera regresar a mi tierra?

Ya sé que no podías comulgar en la Iglesia con los demás. Y tú sabías la razón. Pero luego comulgabas conmigo en la cárcel, cada vez que nos visitabas, y cada vez que nos traías cosas, y cada vez que nos hospedabas en tu casa. ¿No recuerdas lo que un día alguien te dijo de que “te estabas metiendo en asuntos que podían traerte problemas”?

¿Recuerdas a aquel hijo que malgastó toda la fortuna de su padre? También se sentía indigno de regresar a casa. Tenía miedo a que le echaran fuera a patadas y no le abrieran la puerta. Tenía miedo a la reacción que su padre pudiera tener contra él.

Y hasta preparó su sermoncito para ganarse el corazón de su padre.

Y no puedo decírselo, porque los brazos de su padre llegaron a su cuello antes que pudiera decir ni palabra.

Y su padre hizo fiesta. Hizo jarana. Armó un bailetón.

Claro. Tuvo la suerte de que a la puerta estaba su padre. No su hermano.

Porque su hermano era “demasiado bueno” para entender el corazón del padre.

Para entender su regreso.

Y su padre lo sabía. Por eso fue el padre el que, desde el día que se fue, custodió la puerta, para que nadie impidiese su regreso a casa. Los padres nunca perdemos la esperanza del regreso a casa. ¿Lo entiendes ahora?

Hay muchos, que nosotros consideramos malos, pero que Dios considera como buenos.

Hay muchos, que nosotros echamos fuera, pero que Dios los mete dentro.

Durante el Sínodo de Obispos en Roma, del año 1980. En el aula se había hablado con mucha dureza de los problemas de los casados. Mientras tomaba un café el Cardenal Hume, se acercó otro Obispo que le dice con una gran pena: “¡Eminencia, qué mal la van a pasar los casados cuando lleguen al cielo!” El Cardenal Hume, con aquel humor que le caracterizaba, le respondió

sonriéndose: “Monseñor, venga tomemos un café tranquilos. ¿Usted cree que en el cielo van a tener en cuenta todo lo que hemos hablado esta mañana? Ninguno de nosotros va a ser el portero. Usted sabe muy bien quién es el portero del cielo”.

¿Quién puede dar un juicio sobre el corazón humano?

¿Quién se cree con derecho a decir, quiénes son los que se salvan y los que se condenan?

¿Quién es el que se atreve a decir “nosotros, sí”, pero “los otros, no”?

Para entender el misterio del corazón humano, primero es preciso entender el misterio del corazón de Dios. “Dios no ha enviado a su Hijo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por El”

P. Juan Jáuregui Castelo